

25 de noviembre de 2023 - Sábado de la 33ª semana

[1M 6, 1-13 ; Lc 20, 27-40](#)

H o m e l i a

Queridos hermanos y hermanas,

Cuando intentamos imaginar cómo será la vida después de nuestra muerte física, sólo podemos hacerlo utilizando imágenes que correspondan a nuestra vida aquí en la tierra. Y eso es lo que hace la Escritura, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Es incluso lo que hace Jesús en sus parábolas, en las que describe o bien la felicidad eterna con Dios, o bien la desgracia eterna si no hemos vivido aquí en la tierra con amor.

Evidentemente, sólo podemos imaginar el más allá con imágenes. Y las únicas imágenes que tenemos son las que corresponden a nuestros sentidos: lo que podemos ver, oír, tocar y oler. No hay nada malo en utilizar todas las imágenes que tenemos para imaginarnos la vida en el más allá. Pero lo importante es no olvidar que la realidad es muy distinta e infinitamente más bella que todo lo que podemos expresar con esas imágenes.

En la época de Jesús, había dos grandes escuelas de pensamiento entre los maestros de Israel: los Fariseos, que creían en la resurrección de los muertos, es decir, en una vida en el más allá, después de nuestra muerte física, y los Saduceos, que no lo creían. Fueron ellos quienes, en el texto evangélico que acabamos de leer, intentaron tender una trampa a Jesús imaginando una historia bastante inverosímil sobre una mujer que había tenido siete maridos, uno tras otro, y preguntaron a Jesús de quién sería esposa en el cielo.

Jesús les respondió que no habían entendido nada. Se imaginan la vida en el más allá como una continuación de la vida física aquí abajo. Será muy diferente. Aquí en la tierra, nuestra vida está sujeta a los límites del tiempo y del espacio. Vivimos siempre en un momento y en un lugar determinados. Dios, cuya existencia compartiremos, está más allá de estos límites. Nuestra relación con Dios consiste enteramente en ser una relación, una relación de amor. Jesús cita una palabra dirigida a Moisés, en la que Dios se le presenta como el Dios de Abraham, Isaac y Jacob. Ellos no vivieron al mismo tiempo. Si Dios "es" -y no "era"- el Dios de cada uno de ellos, es porque todos siguen vivos, incluso después de los pocos años que vivieron en la tierra. No

Document extrait du [site de l'abbaye Notre-Dame de Scourmont](#), qui se trouve sur le territoire de Forges, à sept kilomètres au sud de la ville de Chimay, en Belgique. Notre-Dame de Scourmont est une abbaye de l'Ordre Cistercien de la Stricte Observance.

es el Dios de los muertos. Es el Dios de los vivos. Si es el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. También es, y siempre será, el Dios de todos y cada uno de nosotros.

Y eso debe hacernos tomar conciencia de algo semejante en todas las verdades de fe. Dios es más grande, infinitamente más grande que cualquier cosa que podamos decir, pensar o sentir sobre él. Todas las imágenes y fórmulas que utilizamos para hablar de Dios y de las cosas divinas, incluidas las definiciones dogmáticas más importantes, son sólo débiles aproximaciones a una Realidad infinitamente más grande y más bella que cualquier cosa que podamos decir o pensar sobre ella. Esto debería hacernos muy humildes con respecto a todo nuestro conocimiento y experiencia de las cosas divinas, y hacernos comprensivos con respecto a otras personas que pueden expresar las mismas realidades con fórmulas muy distintas de las nuestras, aunque nos parezcan lógicamente contradictorias. Lo único que importa, en definitiva, es nuestra relación con Dios, una relación que es amor: la única forma de verdadero conocimiento de Dios.

Armand Veilleux